

El *Correo de Ultramar* (1842-1886) y la ciencia : entre labor educativa y propaganda política

Catherine SABLONNIERE

Universidad de Rennes-II

Rennes, Francia.

Catherine SABLONNIERE

Profesora titular de la universidad de Rennes-II (Francia). Doctora en Estudios ibéricos y latinoamericanos de la universidad de la Sorbonne-Nouvelle (París-III) desde el año 2000, con una tesis sobre la *Imagen de la modernidad científica y los debates de ideas en la España isabelina (1833-1868)* bajo la dirección del catedrático Jean-René AYMES.

Sus investigaciones recientes enfocan la prensa isabelina sobre todo a través de las ilustraciones; paralelamente está llevando a cabo un trabajo de fondo en los archivos contemporáneos sobre los exiliados españoles a Bretaña entre 1823 y 1868.

ABSTRACT:

El *Correo de Ultramar* publicado en París entre 1842 y 1886 es un periódico destinado a un público culto en Latinoamérica. La revista literaria ilustrada ofrece un contenido científico de buen nivel, marcado por los modelos de la prensa española de vulgarización que a pesar de afirmar su apoliticismo difunde una visión del mundo que conlleva una ideología de índole progresista. En nuestro caso, notamos una dicotomía entre la línea política conservadora del *Correo* y el mensaje implícito de estos artículos; esta distancia tiende a desaparecer a finales del período con la publicación de artículos científicos rigurosos que hacen hincapié en los valores del orden y de la conservación. El *Correo* representa así tanto los intereses de un equipo editorial como los de la élite latinoamericana, consumidora de publicaciones oriundas de Europa cuyo estudio pormenorizado aún no llevado a cabo permitiría enriquecer el conocimiento de su universo imaginario.

The *Correo de Ultramar*, published between 1842 and 1886 in Paris, is a newspaper destined to a cultured public in Latin America. The illustrated literary magazine offers a scientific content of good level, marked by the models of the Spanish press of vulgarization that in spite of affirming its non-political nature spreads a vision of the world that entails an ideology of progressive nature. In our case, we noticed a difference between the preservative political line of the *Correo* and the implicit message of these articles; this distance tends to disappear at the end of the period with the rigorous scientific article publication that insists on the values of order and conservation. The *Correo* thus represents as much the interests of an editorial team as those of Latin American social elite, who subscribe to newspapers published

in Europe and whose detailed study not yet carried out would allow to enrich the knowledge of its imaginary world.

Publicado en París entre 1842 y 1886, el *Correo de Ultramar* se presenta como órgano de comunicación entre España, Francia y sus respectivas colonias. La larguísima vida de la publicación, excepcional en el contexto contemporáneo, despierta el interés en la medida en que supone a la vez un lectorado fiel y unas bases económicas suficientes para sostener una empresa arriesgada. La línea editorial, claramente conservadora al principio, evoluciona y se hace más moderada ya a mediados de siglo. El contenido, esencialmente informativo en cuestiones políticas y comerciales, no descarta temas culturales. Así, los folletines, las noticias de la vida parisiense, de los teatros, los últimos descubrimientos científicos encuentran cabida en el periódico.

El propósito de este estudio es analizar lo que se puede considerar como dicotomía del discurso político-ideológico en las páginas dedicadas a los trastornos de la vida contemporánea - y muy a menudo a la crítica contra Inglaterra cuyos designios malignos la revista denuncia con ahínco - y a los artículos científicos, que presentan otro universo, otro horizonte cultural, filosófico, al público lector latinoamericano (de siempre difícil definición).

A partir de los años treinta del siglo XIX, las publicaciones periódicas en Europa pretenden, antes que informar, educar al lectorado, supliendo así las deficiencias de un sistema educativo: el caso de España es muy significativo. El despegue de este tipo de prensa enciclopédica acompaña el advenimiento de una sociedad burguesa o que adopta valores burgueses. La divulgación de la ciencia y de la técnica, necesaria para fomentar el progreso y la modernización de la nación, es aprovechada por los sectores progresistas para difundir valores propios y una ideología política a favor del progreso en la sociedad y en la política. En las revistas moderadas o conservadoras se plantea un dilema : ¿ cómo proseguir una labor educativa, de vulgarización, sin dejarse influenciar por los artículos científicos “progresistas” que dominan en el panorama de la prensa contemporánea y cuyo discurso tiende a repetir esquemas, tópicos y a presentarse como modelo ?

Después de presentar el caso del *Correo de Ultramar*, veremos cómo se plasma en dicho periódico esta tensión, y en qué medida evoluciona al compás de los cambios políticos y de las mutaciones del género periodístico decimonónicos.

Queda por fin la pregunta fundamental de la recepción de dicho proyecto educativo y de la percepción de su contenido político.

El Correo de Ultramar, un puente entre Francia, España y Latinoamérica.

Para este estudio, tuve acceso a las tres publicaciones del *Correo*: la parte política, la revista literaria ilustrada - “inmensa enciclopedia de 54 tomos [...] nuestra gran obra”- y la revista de modas destinada a las damas, *La Moda del Correo de Ultramar* titulada después *Moda de la elegancia parisiense* (1869-1886). Pero no pude consultar las colecciones completas de éstas. También consulté algún número de la edición de la Habana, pero no puedo incluirlo en el análisis. El periódico se declinaba también en otras ediciones, de La Plata, de Filipinas, de Brasil, etc.

Gracias a la iniciativa de Xavier de Lassalle, hombre de negocios con intereses comerciales en Latinoamérica, se funda el periódico en 1842. El equipo de redacción está constituido al principio por franceses de notable reputación como M. Granier de Cassagnac, famoso publicista y político que sostuvo a Napoleón III en 1851 (lo que le valió feroces críticas del *Correo*), sustituido en 1843 por J.B. Rosemond de Beauvallon antiguo redactor en jefe de la *Revista colonial* y del *Eco de ambos mundos*. A partir de 1851, la empresa colabora con grandes plumas españolas como Hartzenbusch, Eugenio de Ochoa o Villergas. Parece que la redacción de la revista ilustrada recae en literatos y artistas españoles entre los cuales destacan Mariano Urrabieta (antiguo colaborador de Wenceslao Ayguals de Izco y de los hermanos Asquerino, es uno de los redactores del *Correo* desde 1853 y hasta el final de la publicación, se hace cargo de la sección titulada *Revista de París*), Emilio Castelar, Manuel Fernández y González, Manuel Ossorio y Bernard, Angela Grassi etc. No sabemos en qué medida éstos participaban efectivamente en la redacción del periódico o sólo colaboraban ocasionalmente en ella, mediante la reproducción de un artículo ya publicado en otro periódico.

El *Correo* ofrece una selección de artículos sacados de revistas europeas (inglesas, francesas y españolas) y norteamericanas esencialmente. Así la mayoría de las veces la información no es de primera mano y, dejando de lado los artículos cuyo origen se precisa, noté que varios artículos y grabados habían sido publicados ya en revistas francesas y españolas sin que el *Correo* haya tenido el cuidado de mencionar sus fuentes. Esta práctica es bastante común en la época y revela la creación de un espacio cultural compartido entre los

lectores de las grandes revistas ilustradas en Europa e incluso en Latinoamérica, que se impregnan de grabados similares o idénticos, se apropian de un modo de representar al mundo que todavía no ha sido estudiado de manera pormenorizada pero que conlleva hipótesis interesantes sobre la formación de una cultura de la imagen.

En 1842 el *Correo* se publica cada cinco días, luego a partir de 1846, una nota precisa que el tamaño del periódico siendo insuficiente, saldrá el 13 y el 28 de cada mes en cuatro grandes hojas de papel. La revista literaria tiene un tamaño más convencional ajustándose al formato de las grandes revistas ilustradas de la época, como *l'Illustration* que sin duda es uno de los modelos del *Correo*, tanto por el formato como por la composición de cada número. Durante unos años el contenido es bilingüe, la mayoría de los artículos están versados al francés. Poco a poco, las traducciones desaparecen.

La línea editorial es nacionalista y apolítica: en el primer número, se insiste en la suerte común de las colonias francesas y españolas que tienen que luchar contra Inglaterra y su “refinado e insaciable egoísmo” que pugna por el “monopolio del comercio del mundo” ; en 1844 afirma: “hemos querido considerar el país antes que los partidos, la nación antes que las ambiciones; hemos querido ser españoles y no progresistas o moderados” (1844, n°1). El conservadurismo de la primera etapa aparece claramente en esta lectura del porvenir del mundo americano:

Lo que las colonias francesas y españolas, en unión con la Luisiania (sic) tienen intereses en conservar, y positivamente conservarán, es el trabajo, la paz, la prosperidad pública, el bienestar de las poblaciones industriales, el progreso de la agricultura, la actividad del comercio. Sus habitantes no son filósofos sino cristianos; no predicán la filantropía sino que practican la caridad; y ninguno de ellos pensará jamás en emanciparse de los deberes de humanidad que la religión enseña y hace amar, y que la razón misma, de acuerdo con el evangelio, aconseja y persuade.

Podemos avanzar que el equipo de redacción suscribe al moderantismo conservador, heredero del pensamiento de la Ilustración, que defiende reformas prudentes y “practicables”. Xavier de Lassalle hace alarde de sus relaciones en el gobierno francés de la monarquía burguesa de Luis Felipe y pretende así defender los intereses de las colonias y de "muchísimos otros puntos de la América meridional" mediante el periódico. Según él, y con un orgullo propio de una época en que los contemporáneos consideraban a París como nada menos que capital del universo, afirma que sólo un periódico publicado en Francia puede encargarse de esta misión. A partir del golpe de Estado de Napoleón III, *El Correo* reivindica un contenido realmente apolítico y parece abandonar su nacionalismo anglófobo : “El *Correo* no es más francés que inglés, más inglés que ruso [...] es un periódico universal”. Sin embargo pugna por la independencia de

las naciones: “ningún pueblo debe intervenir en los negocios interiores de los otros”- otra manera de reafirmar el sentimiento anglófono. Esta apertura, propia de los años centrales del siglo - que corresponden a la celebración de la gran reconciliación de las naciones civilizadas cuando la primera Exposición universal en Londres - podría asimismo ser un intento de desviar la censura, tanto en Francia como en los países de Latinoamérica. No impide que condene al bando opuesto cuando lo juzga conveniente; por ejemplo, el sarcasmo acompaña la noticia de la candidatura socialista de Eugène Sue al congreso en 1850, ya que el escritor lleva un tren de vida más propio de un aristócrata que de un defensor del pueblo.

El periódico llega a las Antillas por buque de vapor inglés, *via* Southampton. A menudo aparecen avisos sobre el tema del transporte, dificultado por los vaivenes de la legislación inglesa en materia de correo y las relaciones diplomáticas franco-inglesas. A partir de 1850 se espera la apertura de la línea Le Havre-Nueva York, que permitiría ahorrar hasta dos días de transporte. Así, al principio llegaba el periódico a la Habana ; luego a finales de los cuarenta desembarcaba en Puerto Rico, y a partir de los años 1850 parece que transita por Nueva York pero en todo caso está repartido por el continente gracias a una red de correspondientes cuya lista está publicada en la cabeza de cada ejemplar. Estos correspondientes ocupan cargos varios: periodistas, libreros, negociantes, militares... Muchos de ellos son personalidades destacadas de la ciudad en que viven. En 1851 son agentes : el explorador del Orinoco Eugenio Thirion en Ciudad Bolívar ; para Centroamérica, el catedrático de química de la universidad de San Salvador Julio Rossignon ; el hermano del famoso médico Louis Beuperthuy, Philippe, en Cumaná. En Montevideo se encargan de las suscripciones Auguste Las Cazes, sin duda farmacéutico, y luego el fourierista, amigo de Sarmiento, Eugène Tandonnet ; en Cartagena, Henrique P. de la Vega, agente para varios periódicos ; en Granada el consul de Francia Pedro Rouhaud, íntimo de la familia de Martín Bernard, etc.

Estos datos permiten situar la publicación en el ámbito de las grandes revistas ilustradas destinadas a un público selecto en Latinoamérica, público lector cuyas simpatías políticas no parecen homogéneas. El conservadurismo social puede coincidir con cierto liberalismo político y económico, siempre cuando preserva los intereses personales. Además, el contexto político de la segunda mitad del siglo XIX en Latinoamérica incita a la prudencia a la hora de manifestar una opinión. El atractivo del *Correo* se encontraba reforzado por lo variado de su contenido y la calidad tanto de la revista ilustrada como del suplemento de modas. Al fin y al cabo, sus páginas daban pábulo al espíritu de cualquier miembro de una

familia acomodada, excepto a los niños que sin embargo podían disfrutar de la lectura de los folletines y de los libros ofrecidos con las suscripciones.

La divulgación científica

El periódico se compone de varias secciones dedicadas a la política, la literatura, las ciencias, la industria, el comercio, la navegación y las modas (de hombres sobre todo, hasta la publicación del suplemento femenino en los años 1870). En el primer número, se anuncia que todo lo que se refiere a la ciencia y a la industria encontrará un "lugar distinguido" en el *Correo* y que se darán a conocer los informes de las Academias de las ciencias y de medicina de París. La redacción de esta sección científica se encargará a especialistas. Como sucede en numerosas revistas contemporáneas, la información científica en realidad se encuentra bajo diversas formas, en artículos de *Variedades* o en artículos sueltos, no integrados en una sección particular. Ahora bien, a partir de los años 1850, lo relacionado con las ciencias se encuentra en un *Boletín científico* cuya periodicidad es algo irregular : uno de cada cuatro a diez números de la revista ilustrada cuenta con dicho *Boletín*. Puede que la dificultad en encontrar a un científico capaz de referir los descubrimientos más importantes explique este hecho. El joven americano Reynoso se encarga de él en 1853 ; otros nombres aparecen a partir de los 80 : Gabriel de La Puerta, que era Catedrático de Química orgánica en la facultad de Farmacia de Madrid desde 1883, y Gaston Tissandier, también químico y fundador de la revista *Nature*. Así la revista respeta su compromiso y la información científica referida puede recibir el beneplácito del lectorado de científicos que tenía la revista. Como ya vimos, la red de agentes del *Correo* incluía a numerosos intelectuales, médicos, científicos, que querían mantenerse al tanto de los últimos avances de la ciencia.

La oferta se adapta a la especialidad del redactor del artículo y a las exigencias supuestas del lector: dominan los temas relacionados con la química, la medicina, la botánica, la geología (minas sobre todo: diamantes y carbón). Numerosos artículos tratan de la industria del algodón, de las armas, de las comunicaciones (ferrocarril y telegrafía) así como de agricultura. Los temas de actualidad dominan; la revista permite a sus lectores seguir los adelantos de las ciencias que las Academias sancionan. Una serie de artículos expone los trabajos de Pasteur sobre la rabia en 1884, es decir que sigue paso a paso los progresos realizados por el sabio francés. También refiere el *Correo* los últimos descubrimientos de Koch y consagra numerosos artículos a los microbios y al microscopio.

El lenguaje utilizado permite definir al lector de cada apartado : en los temas puramente científicos no se explican los términos técnicos, la descripción de experimentos sólo es accesible a la inteligencia del especialista, mientras que en los artículos dedicados a nuevas máquinas o procedimientos industriales, la insistencia en las ventajas de éstos permite caracterizar a un lector interesado en los beneficios comerciales que pueden proporcionar.

En todo caso, la manera de hablar de la ciencia y de la técnica revela implícitamente, como lo subrayó Yves Jeanneret en *Ecrire la science, formes et enjeux de la vulgarisation* (París, PUF, 1994), una concepción del saber y de las relaciones del hombre con su entorno natural y como no social e *in fine* político. La misión educativa no domina en el *Correo* que no pretende, como muchas revistas contemporáneas españolas, educar a una masa de lectores de la clase media destinada a desempeñar un papel político y social inédito en el Estado liberal en proceso de consolidación.

Ahora bien, los prodigiosos progresos científicos de la época modifican la concepción del papel del hombre en la tierra. Notamos que el *Correo* se entusiasma por dichos progresos y se deja llevar por el discurso "progresista" (en el sentido de a favor del progreso sin orientación política del término) que pone de realce la marcha ineludible de la ciencia hacia el conocimiento total del mundo y de sus mecanismos. Mientras que en los artículos de costumbres o de actualidad los valores y la moral que defienden la revista aparecen con nitidez, en los artículos científicos encontramos un espacio más abierto a visiones del mundo un tanto heterodoxas.

El hombre Prometeo

El hombre llega a la tierra débil y desnudo, sin tener más armas que su inteligencia para luchar contra la creación [...] cada hombre, por muy profundamente sumido que se halle en la materia, lleva en sí el diseño de una existencia anterior y de un ideal supremo, como el recuerdo de un Edén lejano, desde el día en que Adán tuvo que dejar el Paraíso terrenal, herido en las espaldas por la vara del arcángel vengador [...] Adán se encuentra en el camino con Prometeo encadenado [...] En nuestra perpetua ascensión hacia el bienestar hemos ido arrancando a la naturaleza sus secretos y nos hemos apoderado de las fuerzas vivas para apropiárnoslas, de modo que es considerable el tributo impuesto a la creación por el hombre rey[...].

Esta visión de un mundo enteramente sometido a una humanidad que tiene que cumplir los designios de su creador y apoderarse de la naturaleza de manera legítima no domina en la revista. Sin embargo sorprende la existencia, fuera solamente casual, de tal interpretación del destino humano: el instinto científico "que atormenta al hombre, sirve

además para sacar a luz lo que la mano de Dios puso de grande en su alma, al colocar en ella la facultad de descubrir las leyes del mundo material y los medios de hacer concurrir esas leyes a su servicio, según su voluntad" (1856, p. 46, n°159). En varias ocasiones, el *Correo* alaba la audacia, el atrevimiento como actitudes positivas; el individuo se esfuerza por el bien de la comunidad. Vuelve a estar de actualidad el mito de Prometeo, que mejor que otros puede traducir el profundo sentimiento de trastorno vivido por los contemporáneos que bien perciben las consecuencias determinantes de la aplicación de la ciencia y de la técnica a la industria moderna. La referencia al mundo de los orígenes da un alcance inédito al discurso sobre la ciencia, como si la edad contemporánea fuera la última etapa en la marcha del hombre hacia su emancipación, asociada a la metáfora de la ascensión o del vuelo, imágenes del distanciamiento que opera con su entorno el hombre cuya mirada por fin puede abarcar todos los elementos de la naturaleza, explicarlos, dominarlos. La presencia de Prometeo y de Adán en un mismo discurso revela que asistimos a la creación de un nuevo mito, a una nueva religión basada en la ciencia, portadora de potencia. La referencia a los mitos es también una manera de humanizar la revolución científica e industrial contemporánea. Las máquinas están a menudo personificadas y encarnan el genio del siglo XIX (cf. *Correo de Ultramar*, 1855, n°135, p. 78: *sala de máquinas en la Exposición universal*, artículo de Pedro Madrazo). La metáfora biológica, la comparación de las máquinas con cuerpos vivos, permite inscribir esta revolución en el ámbito de la vida y no en el de la mecánica fría y peligrosa (este tipo de aproximación se encuentra de manera escasa en la prensa contemporánea y presagia el éxito de la ciencia ficción, pero sobre todo en el siglo XX). El hombre creador de máquinas se identifica con la divinidad: construye artificios, se apodera de los elementos (basta con ver el éxito fabuloso del ferrocarril y del telégrafo y en menor medida de la fotografía, para ilustrar esta fascinación por las máquinas que recurren a una energía natural domada), crea un lenguaje nuevo, nombra nuevos seres animados, clasifica el mundo natural. En el universo de la ciencia las distintas partes están relacionadas entre ellas para la armonía del edificio global ; el principio mismo de la vida es este equilibrio. Para los liberales el mundo político debe ajustarse a estas leyes naturales: el equilibrio de los poderes, de las instituciones garantiza un porvenir radiante.

Alabanza al progreso y a la ciencia

Abundan términos que dan una visión positiva del mundo técnico y del lector cuya inteligencia es valorada, del saber que no es tan complicado. El universo es accesible al

conocimiento, cada uno puede participar en este movimiento de dominio de la naturaleza (1855, n°134, *Boletín científico*, p. 62-63). La ciencia ofrece una lectura acertada del mundo, da seguridad al hombre: "*es muy sabido que la electricidad contribuye esencialmente a la formación de las tempestades y por lo tanto a todos los resultados comúnmente funestos de las mismas*" (el subrayado es mío; artículo sobre el electro-subtractor de Dupuis-Delcourt : el aparato está descrito pero no se cita ni el nombre de la máquina ni el del inventor, 1855, n°138, p. 126). No hay distanciamiento en estos artículos que reciben con buenas ganas cualquier invento; no se hace todavía la diferencia entre "verdadera" y "falsa" ciencia (es decir fundada o no en principios irrefutables y que descansa en pruebas y demostraciones rigurosamente ordenadas).

A partir de los años 1880, en los artículos de Gabriel de la Puerta notamos la esmerada construcción discursiva de la exposición de los experimentos, que se realizan mediante la descripción de las etapas que los componen. El lenguaje voluntariamente demostrativo establece relaciones lógicas entre las distintas etapas de la demostración y reproduce los mecanismos del razonamiento: el lenguaje parece convocado para cumplir con el propósito de glorificar la ciencia y el poderío que da al hombre. Mientras en la literatura contemporánea se exploran otras facultades del lenguaje, en el *Correo* y en otras revistas similares el lenguaje de la ciencia tiende a despojarse de referencias a lo maravilloso, del recurso a la metáfora para entrar en una era que merecería el calificativo de "positivista". No evacua una relación apasionada con el mundo de la ciencia: a pesar del aspecto riguroso del lenguaje que describe los descubrimientos, se siente una profunda admiración por el genio humano y por las maravillas del mundo.

Ambigüedad de las implicaciones políticas del discurso sobre la ciencia

Al igual que la ciencia, la industria progresa y pone al alcance de consumidores cada vez más numerosos toda clase de productos: en suma, la ciencia y la técnica pugnan por la edificación de una sociedad de consumidores, la búsqueda del bienestar del mayor número es fundamental (cf. *El Correo*, 1855, p. 175). La época reclama esta "democratización" del bienestar y lucha contra la ignorancia; a propósito de los progresos de la imprenta, afirma que la multiplicación de los números impresos de un periódico permite acomodarse "a las necesidades de un tiempo en que una masa de individuos, más grande cada vez, está llamada a disfrutar de los beneficios de la instrucción" (*El Correo*, 1855, p. 254).

Los términos que se emplean para describir descubrimientos científicos "contaminan" el terreno político y social, y viceversa: "a la verdad nos hallamos en completa revolución; pues hasta la misma naturaleza toma cartas, se insurrecciona contra las leyes de la mecánica; y el movimiento, pareciéndole tal vez que el progreso y todas las demás cosas no caminan con bastante celeridad, acaba de decretarse en permanencia" (*El Correo*, 1851, *Movimiento perpetuo*). Los trastornos políticos ponen en tela de juicio los avances de la ciencia, ya que todo se encuentra en movimiento y lo verdadero de ayer ya es caduco.

Así se expresa una visión plural de la ciencia y de las consecuencias políticas que conlleva la aplicación de sus principios a todos los ramos del saber. En cierta manera, los debates que ya se habían abierto durante el periodo de la Ilustración vuelven a tomar carta de naturaleza en el periódico, como en otros muchos. Lo original del *Correo* es que desde su apego a la moderación, intenta no dejarse invadir por el discurso entusiasta y casi revolucionario de los sectores más progresistas pero no puede evitar el contagio de metáforas que de modo sutil abren un horizonte imaginario distinto al lector. Este discurso propio de los sectores progresistas aparece esencialmente en los artículos que el *Correo* copia de otras revistas. Los imperativos de la empresa periodística condicionan el contenido informativo e ideológico de los artículos, sin que se pare mientes en esta dicotomía.

Para concluir...

Este breve e incompleto estudio del *Correo de Ultramar* y de su relación con la ciencia permite sin embargo abrir unos debates interesantes sobre los intercambios culturales entre Europa, Francia y España en este caso, y Latinoamérica en el siglo XIX. Entre los años 40, marcados por la preponderancia de las luchas políticas, y el final del siglo, con un contenido científico de alto nivel, se observa una modificación de la actitud para con la ciencia en la revista. La presencia de artículos que glorifican los beneficios de la ciencia es evidente en la década de los 50 y 60; luego, a partir de los 80, el discurso aparentemente más frío y racional presenta otra cara de la ciencia pero produce un efecto seguro en el lector confortado en su sentimiento de seguridad y de potencia. No se puede pretender que dichos artículos científicos forman parte de una propaganda política soterrada como en el caso de las revistas ilustradas españolas del mismo periodo, pero tampoco podemos descartar la hipótesis de que el contacto con un discurso que valorice tanto la capacidad del hombre de emanciparse del peso de la ignorancia y de la sumisión a las fuerzas naturales no tenga repercusiones en el modo y manera de concebir el entorno social y político.

Un conocimiento pormenorizado de las sociedades de cada país latinoamericano y del lugar ocupado por las instituciones docentes y científicas en ellas permitiría situar mejor el papel que pudo desempeñar el *Correo* en la divulgación de descubrimientos científicos contemporáneos. El hecho de que se dirija esencialmente a un público selecto y culto revela que no se intentaba vulgarizar realmente los conocimientos y queda por saber si existían publicaciones periódicas de vulgarización destinadas a una clase media baja, a un pueblo urbano en vías de obtener un reconocimiento político.

Relacionar el caso del *Correo* con el de otras publicaciones similares, oriundas de España y destinadas a América, es fundamental para medir este impacto. Queda por fin el tema apasionante de la circulación de las ilustraciones insertadas en las revistas que escenifican este mundo científico y contribuyen a la formación de este imaginario de la ciencia aún más abierto a la libre interpretación de cada uno.

Bibliografía:

El Correo de Ultramar, periódico político, literario, mercantil e industrial, 1842-1886, Paris: Bibliothèque Nationale de France, JOA-9 (colección incompleta) ; *revista literaria y de modas*: BNF, FOL-Z-9 (incompleto); *Moda del Correo de Ultramar* (1869-1886): BNF, FOL-LC14-162 (incompleto).

JEANNERET, Yves, *Ecrire la science; formes et enjeux de la vulgarisation*, Paris, PUF, 1994.

MARTINEZ RIAZA, Ascensión y TIMOTEO ALVAREZ, Jesús, *Historia de la prensa hispanoamericana*, Madrid, Mapfre, 1992.

OSSORIO Y BERNARD, Manuel, *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, ed. facsímil de la publicada en 1904, Madrid, Hemeroteca Municipal, 2004.